Nombre: _____ Fecha: _____

La carta de Rogelio

Lea el relato con calma. Si lo desea, léalo dos veces.

En el pueblo de Herminia, en Zacatecas, el correo llegaba los jueves. Don Eusebio, el cartero, entraba por la calle principal en una bicicleta negra, con una bolsa de lona colgada del manubrio, y tocaba un timbre que se oía desde la plaza. Las mujeres se asomaban a las puertas. Los hombres fingían que no les importaba, pero también se asomaban.

Herminia esperaba carta de su hermano Rogelio, que llevaba dos años trabajando en una fábrica de Monterrey. Rogelio escribía poco, con faltas de ortografía y una letra apretada y torcida, pero cada carta suya se leía en voz alta en la cocina, delante de toda la familia, y luego se guardaba en una caja de galletas de lata, atada con un listón azul.

Aquel año, Rogelio había prometido escribir para avisar si podía venir a la fiesta del santo patrono. Pasó un jueves sin carta, y otro, y otro. Al cuarto, don Eusebio pasó de largo tocando el timbre, y Herminia se quedó en la puerta, retorciendo el delantal entre las manos.

La víspera de la fiesta, con los cohetes ya preparados y las calles adornadas con papel picado, un autobús se detuvo en la plaza y de él bajó Rogelio, con una maleta de cartón y un sombrero nuevo. Herminia lo abrazó tan fuerte que el sombrero acabó en el suelo. «¡Ni una carta!», le reclamaba sin soltarlo. «¡Ni una!». Rogelio juraba que le había escrito hacía más de un mes.

El jueves siguiente sonó el timbre delante de la casa. «¡Carta de Monterrey!», anunció don Eusebio, muy contento. Era la carta de Rogelio, con un matasellos de cinco semanas atrás. Toda la familia se sentó en la cocina, como siempre, y Rogelio en persona la leyó en voz alta: «Querida

La carta de Rogelio (sigue)

hermana: no sé si podré ir a la fiesta, pero haré lo posible». Las carcajadas se oyeron hasta la plaza.

Herminia la guardó en la caja de lata, con el listón azul, como todas las demás. Muchos años después, cuando ya había teléfono en casi todas las casas del pueblo, todavía la sacaba de vez en cuando para leerla, y siempre se reía en la misma frase.

Para conversar. No hay respuestas buenas ni malas: cuente lo que recuerde.

- ¿Escribió o recibió usted cartas alguna vez? ¿De quién eran?
- ¿Cómo era el cartero o la cartera de su barrio o de su pueblo?
- ¿Guarda usted cartas, postales o fotos antiguas? ¿Qué significan para usted?
- ¿Qué le hace más ilusión: recibir una carta o una llamada? ¿Por qué?

La carta de Rogelio: preguntas

1 Sin mirar el relato, conteste a estas preguntas. Si no recuerda alguna, vuelva a leer esa parte.

1. ¿Qué día de la semana llegaba el correo al pueblo?

2. ¿Cómo se llamaba el cartero?

3. ¿En qué ciudad trabajaba Rogelio?

4. ¿Dónde se guardaban las cartas de Rogelio?

5. ¿De qué color era el listón de la caja?

6. ¿Qué traía Rogelio cuando bajó del autobús?

2 Ordene lo que pasó: escriba 1, 2, 3 y 4 en las casillas.

- ☐ Pasan varios jueves sin carta de Rogelio.
- ☐ Rogelio baja de un autobús en la plaza.
- ☐ Rogelio lee su propia carta en voz alta.
- ☐ Don Eusebio trae una carta de Monterrey.

La carta de Rogelio: soluciones

1 Preguntas de recuerdo

1. ¿Qué día de la semana llegaba el correo al pueblo?
   Los jueves.

2. ¿Cómo se llamaba el cartero?
   Don Eusebio.

3. ¿En qué ciudad trabajaba Rogelio?
   En Monterrey.

4. ¿Dónde se guardaban las cartas de Rogelio?
   En una caja de galletas de lata.

5. ¿De qué color era el listón de la caja?
   Azul.

6. ¿Qué traía Rogelio cuando bajó del autobús?
   Una maleta de cartón y un sombrero nuevo.

2 Orden de los hechos

1 Pasan varios jueves sin carta de Rogelio.

2 Rogelio baja de un autobús en la plaza.

4 Rogelio lee su propia carta en voz alta.

3 Don Eusebio trae una carta de Monterrey.